

**Juan Carlos Méndez Guédez**

**Ideogramas**





## ÍNDICE

Huellas .....	11
La nieve sobre Madrid .....	21
El olor .....	29
La noche de las nubes .....	37
Namestí, namestí .....	47
Yucatapán .....	57
Montaña .....	71
Notas para el cuento sobre Amayra .....	75
Nada quiero nada espero .....	83
El sol y la niña del lazo violeta .....	99
Una novela de Azorín .....	107
Eli Eli .....	121



## TORDO

EL ANCIANO NUNCA prestó atención al pájaro. Incluso comentó a su hija que los animales traían enfermedades, que esparcían un olor áspero, como de vegetales descompuestos. Pero el lunes cuando el ave amaneció muerta se apresuró a sacarla de la jaula. La acarició unos segundos y la envolvió con un periódico deportivo que se había traído desde el bar. Luego fue al patio, buscó un lugar cerca de sus tomates y sus petunias: un lugar sombreado, apacible, donde la brisa soplaba como un ronco zumbido; abrió un pequeño agujero y allí la enterró.

Cuando despertó el resto de la familia, el anciano explicó lo sucedido y le dio a su nieto un manotazo cariñoso. Después se marchó al bar. Allí pidió un vino blanco. Exigió que estuviese frío, que no fuese ni muy seco ni muy dulce. Mientras lo saboreaba, recordó la

melena rojiza de una mujer que paseaba junto al lago en un verano anterior.

Al acabar su copa el anciano avanzó unos metros hacia una mancha de pinos. Se detuvo junto a un árbol. Lo abrazó. Lloró en silencio un buen rato, restregó su rostro contra el tronco. Sin querer se hizo daño en una ceja; se abrió una herida imperceptible.

Colocó su oreja en la madera preguntándose si en lo más profundo del árbol no permanecería el remoto canto de los cientos de pájaros ausentes que alguna vez pasaron por sus ramas. Le pareció que la madera crujía un poco, como si intentase silbar.

Volvió a casa. En el parque infantil vio a un vecino con el que tropezaba todos los días: un hombre de lisos cabellos. Alzó el brazo para saludarlo y siguió adelante.

Dudó si retroceder al bar para llevarse el periódico con las noticias del fútbol; si tomar una taza de café. Continuó su camino. Acarició la pequeña gota de sangre que mojaba su ceja. Le gustó esa sensación palpitante; ese dolor.

## VUELTA A LA PATRIA

A mi lado un niño no deja de saltar.

Contemplo mis zapatos. Pienso en la última vez que regresé de vacaciones a casa. La idea era visitar a mis padres; vender el carro, luego traerme el dinero a España.

A la semana comprendí que no sería sencillo; quizás pedía un precio excesivo; quizás lo anunciaba en periódicos que ya nadie leía.

Un lunes desperté temprano. Miré el carro en la calle: lleno de polvo; con esa impresión de ruina inminente. Me

pareció distinguir un bulto debajo; una sombra pardusca y quieta. Bajé. Cerca de las ruedas distinguí un perro echado. Pensé en regresar a mi cama. Me gustan los perros. Estaba bien que descansara un rato, que durmiera ¿por qué no? Igual me detuve. El sol: un brochazo cálido sobre el rostro del animal. Volví a acercarme. Los ojos del perro poseían una inmovilidad tersa: la luz se hundía en ellos. Golpeé el suelo con la palma de mi mano. Comprendí lo que sucedía. El hocico abierto, la lengua de un color sulfuroso, una marca pequeña cerca del cuello.

Me quedé en cuclillas. Mis padres bajaron intrigados para saber qué sucedía. Les señalé. Nos quedamos contemplando el perro. Estuvimos mucho rato junto a él: parecía una figura de bronce. La luz entraba en sus pupilas como una aguja de oro.

Miré a mis padres: quise preguntarles qué hacer, cómo hacer, cómo mover ese perro que permanecía debajo de mi carro. Mañana olerá muy mal, murmuré.

El perro siguió mirando el sol, lleno de una inabarcable, de una indestructible dulzura.

## **EL OJO DE LA PATRIA**

... y el señor del parque parece aburrido cuando le hablo y le pregunto y le cuento que mi madre es la señora que fuma y fuma en el banco de madera y él me dice que su madre y su padre están muy lejos muy lejos y yo descubro que habla parecido a Amancio pero luego ya no me habla más porque se mira todo el tiempo sus zapatos y yo sigo jugando y pienso que mi madre está triste porque Amancio no ha vuelto desde la semana pasada y yo también

podría estar un poco triste porque Amancio es tranquilo y no fuma y no juega con mi madre porque el amigo anterior de mi madre se llamaba Santiago y entonces el pecho de mi madre se la pasaba como lleno de ojos rojitos marrones amarillos y un día vi cuando madre discutía con Santiago y él la apretó contra la pared y jugando le apagó los cigarrillos en el pecho y yo le pregunté a ella si no dolía y ella que no que no que no dolía tanto que no comentara nada que jamás apareciese cuando Santiago se ponía tontito y jugaba con ella y la lanzaba contra la pared y la aplastaba de broma y que en esos momentos me encerrase me tapase los oídos me fuese lejos promételo enano promételo que te esconderás júramelo y yo sí sí madre aunque en esos tiempos yo no dormía porque sentía que mi madre me estaba mirando siempre siempre porque el pecho lo tenía lleno de ojos hasta que al Santiago lo mataron en una carretera peleando con dos sudacas que son muy malos todos los sudacas menos Amancio y llevan cuchillos todos y se emborrachan y nos quitan el trabajo y viven en árboles hasta que les enseñamos a rezar y ya se bajan a quitarnos el trabajo y a usar sus cuchillos y así no supimos más de Santiago que a mí me olía como a orina sino de Amancio que es tranquilo y sólo se bebe una cerveza y se duerme y nos trae gominolas y prepara unas judías negras sabrosas aunque hace varios días que no vuelve y mi madre no para de fumar y yo pienso que ojalá Amancio vuelva y regrese y vuelva porque Amancio no le pone ojos a mi madre y me gusta dormir si madre no está llena de ojos que nunca dejan de mirar y que nunca duermen como Amancio que descansaba en el sofá que llenaba la casa de silencio que dormía dormía y mamá fuma y fuma mucho como si ya pensase que Amancio no regresa como si estuviese espe-



rando a otro como si ella misma fuese a darle cigarrillos para que otro vuelva a ponerle ojos para que el otro que no ha llegado que no es Amancio no se vaya no se vaya no se vaya...

## LA MAESTRA Y MARGARITA

Un sueño que a veces se repite: su antigua profesora de historia le ruega que acuda a una calle en el centro. Ella se distrae, se olvida. Luego su profesora la llama por teléfono, le dice que se quedó esperando, que esa misma tarde debía morir y que como ella no acudió a la cita debió posponer su muerte.

Cuando despierta de ese sueño se siente culpable. Hasta para morir se necesita al otro. Luego recuerda a su profesora; una señora guapa, muy conservada, a la que una vez paseando por el barrio encontró con una camisa cortísima bajo la que resplandecía un hermoso ombligo.

La mujer respira hondo y enciende otro Camel. Luego hunde su dedo en su propio ombligo. ¿También será bello? Mira a su hijo que juega en el parque. No recuerda el ombligo de su niño. Cuando lo piensa le aparece el ombligo de su hermana: zorra más que zorra, mil veces zorra, o el de su vecina Ricarda, a quien le encanta la llegada del verano para mostrarse entera.

La mujer piensa luego en los ombligos de sus antiguos amantes. Le parece que jamás se ha detenido a mirarlos, como si tuviese miedo de comprobar que son feos, que se ven como agujeros en paredes derruidas.

Hunde su dedo dentro del ombligo. Suena su móvil y al ver el número no responde. Hunde su dedo. Clava la uña

hasta que siente un calambrazo. Piensa en su profesora. Cierra los ojos. No te preocupes. La próxima vez acudiré a nuestra cita.

## PERCUSIONES

Mi hermana no volverá a responder mis llamadas. Así es ella. Tan elemental. Permanece siempre en la obviedad de las imágenes. Nunca intenta hurgar más allá de la piel de una situación. Ahora dirá: abrí la puerta de casa, avancé hasta mi cuarto. Ahora dirá: allí vi a mi hermana acostada en la cama, las piernas abiertas, el rostro sudoroso, la mirada perdida en el techo y ahora dirá: Amancio sobre ella, dentro de ella, girando con ella: Amancio, su piel lechosa, sus jadeos de niño chico.

No aceptará nunca mis argumentos. No querrá comprenderlos. Porque lo tuve claro esa tarde; la vecina no dejaba de coquetear con Amancio, no dejaba de mostrarle sus muslos lustrosos, sus caderas sonoras, excesivas, sus brazos morenos. Tarde o temprano él terminaría rendido a los pies de esa leona egoísta. Por eso me sacrificué. Era lo correcto. Me lo tiro yo. Luego le digo que no vuelva a intentarlo con nadie más. Así lo calmaré, así lo alejaré del peligro real que es la Ricarda.

Mi hermana regresó antes de tiempo. Fue el fallo. Tardé un rato en mirarla en el quicio de la puerta. La observé unos segundos con complicidad, con ternura. Entiéndeme, lo hago por ti, lo hago por ti. Ahora todo está en orden.

Luego no supe por qué bajé mi mano, por qué oculté una cicatriz que tengo en mi rodilla al sentir que mi hermana se llenaba de ojos para mirarme con odio. Esperé un rato